

Europa: seamos realistas

Después del discurso del vicepresidente norteamericano J.D. Vance en la conferencia de seguridad de Múnich y de la reunión de Zelenski con Trump en la Casa Blanca se hace difícil escribir sobre otra cosa que no sea Europa y su futuro. La extrema derecha ha ganado en los EEUU y el nuevo orden internacional que trata de imponer debe espolear a los líderes europeos y provocar una acelerada reorganización política del continente. Es hora de que los europeos no nos hagamos más ilusiones sobre cómo nos gustaría que fuera el mundo, y que adoptemos las decisiones difíciles que se deben tomar para hacer frente al mundo tal y como es. Es la hora del realismo.

La invasión de Ucrania ya nos mostró nuestra dependencia estratégica en defensa y energía. Las políticas arancelarias de Trump y su uso de la economía para la amenaza geopolítica evidencian nuestra dependencia económica y tecnológica. Las palabras de Vance muestran que ni en el ámbito ideológico nos podemos fiar de los EEUU. Ahora sí que hemos llegado al fin de la historia de Fukuyama, pero no como él anticipó. Occidente se ha quebrado. La nueva clase dirigente norteamericana ha comprado el discurso de Putin cuando, hace apenas cinco años, declaraba al Financial Times que el liberalismo era obsoleto. Europa se queda prácticamente sola en la defensa de la democracia liberal y debe medir muy bien sus fuerzas. Un continente políticamente aún dividido y sin autonomía estratégica no puede defender el orden liberal internacional. Tiene que hacer un ejercicio de realismo y preocuparse, por encima de todo, de determinar bien sus intereses y conjurarse para defenderlos.

En esta tarea será fundamental hablar claro a los ciudadanos: guardar el idealismo en el armario y encarar la realidad. Como decía Robert Kagan hace ya más de veinte años, Europa se ha permitido durante demasiado tiempo vivir en un mundo paradisíaco pero irreal.

La política europea reciente nos proporciona dos ejemplos claros de esta falta de realismo. El primero ha sido la política de transición energética con el fin de alcanzar una economía descarbonizada. Ante un fuerte movimiento ecologista, los dirigentes políticos no han tenido el coraje de explicar a la ciudadanía los costes de esta transición. Se nos ha asegurado que la transición no perjudicaría la competitividad de la economía europea, sino todo lo contrario. Incluso, con la nueva Comisión, el departamento que se ocupa de estos temas se llama de "Transición limpia, justa y competitiva", en un ejemplo más, como mínimo de "wishful thinking" cuando no de pura propaganda.

Uno de los conceptos centrales en política económica es el de "trade-off" o dilema. Una situación en la que la consecución simultánea de dos objetivos es imposible por razones presupuestarias o tecnológicas. Para conseguir un objetivo se ha de sacrificar el otro, al menos parcialmente. En economía estos dilemas son comunes: Por algo esta es la disciplina dedicada a la administración de los recursos escasos.

El dilema es obvio en el corto plazo. Es posible que en el futuro el desarrollo de tecnologías que emiten menos emisiones tenga un impacto positivo en la competitividad, como ha conseguido China en algunos sectores, pero este es un efecto indirecto que no compensa el impacto inmediato de las políticas de transición.

El segundo ejemplo de falta de realismo es la actual discusión sobre el incremento del gasto en defensa. Se quiere presentar a la ciudadanía como si fuera una alternativa de coste bajo, ya que son gastos que promoverán el crecimiento económico, la productividad y las mejoras tecnológicas. De nuevo, no nos engañemos. Más cañones quiere decir menos mantequilla, como siempre han afirmado los manuales de economía. ¿No hemos dicho durante muchos años que en Europa gozaba de un dividendo de la paz? Pues, prepararse para evitar la guerra, naturalmente, tiene un coste, aunque el gasto en armas tenga algún efecto indirecto en el progreso tecnológico.

Es mejor hablar claro a la ciudadanía que recurrir a los subterfugios o la propaganda. Es necesario que no se generen falsas expectativas que acaban mermando la credibilidad de los dirigentes cuando la ciudadanía se siente engañada. Además, es necesario que los votantes asuman la decisión en toda su magnitud e importancia. Es una política impopular que debe asumirse conscientemente y que, por ejemplo, no debería modificarse si en las próximas semanas, en función de las negociaciones en curso, el conflicto bélico se estabiliza. El cambio del escenario geopolítico que estamos viviendo ha llegado para quedarse y Europa debe ajustarse a él, cuanto antes.

Jordi Gual

Publicado en ARA el 28 de marzo de 2025